

Crónicas Médicas

de Santander

Médicos Santandereanos Destacados en la Primera Mitad del Siglo

Max Olaya Restrepo

En la presente edición y aprovechando la llegada de este fin de siglo, hemos querido publicar en esta sección, apartes del capítulo titulado "Introducción a la historia de la Medicina en Santander" escrito por el Dr. Max Olaya Restrepo y publicado en 1,969, en donde el autor rescata la memoria de algunos médicos que desde su punto de vista, marcaron la historia de la medicina en Santander en la primera mitad de siglo. El Dr Roberto Serpa ha tenido la gentileza de editar el texto y escribir el siguiente párrafo a manera de presentación del Dr Olaya.

El Dr. Max Olaya Restrepo fue un notable médico de la Universidad Nacional, nacido en Mariquita, de ascendencia tolimense y antioqueña. Vivió más de treinta años en Bucaramanga y participó intensamente en la actividad médica, social e intelectual de nuestra ciudad. Durante varios años publicó la revista Hospital en cuyas páginas se guardan las memorias y las crónicas del Hospital San Juan de Dios. Era Max hombre de vasta cultura, un estudioso de la medicina interna y de la historia de la medicina que le apasionaba. De personalidad compleja y contradictoria, fue un gran polemista, tanto en la discusión de casos clínicos del hospital, cuanto como escritor de ensayos que provocaban la controversia y el debate. En sus discusiones el Dr. Max Olaya Restrepo estaba respaldado por su gran inteligencia, bien provista de recursos dialécticos, por su profundo conocimiento del idioma materno y de la literatura francesa y española. Admiraba mucho la medicina francesa y la española. En España vivió algunos años perfeccionando su formación médica y cultural, escuchando en Madrid las conferencias de los grandes maestros de la medicina española: don Gregorio Marañón, el gran escritor y humanista y endocrinólogo; don Pedro Laín Entralgo, el gran historiador de la medicina y don Carlos Jimenez Díaz, uno de los máximos clínicos de la Medicina Interna en España. Dos notables contribuciones hizo el doctor Max Olaya a nuestra medicina regional: de impulsor y catalizador de discusiones clínicas fructíferas y necesarias para la docencia y el aprendizaje de la Medicina y fue cultivador y divulgador de la historia de la medicina santandereana.

Este Volumen III de PAGINAS MEDICAS es pobre y pequeño y como los anteriores, limitado a una reducida edición de dos o tres centenares de ejemplares que espero, Dios mediante, lleguen en la Navidad de 1969 como el saludo afectuoso y cordial que manda el autor a los pocos amigos que aún le restan dentro y fuera de la profesión.

Había sido originalmente concebido como una historia crítica del pensamiento médico en Santander, analizado sobre las vidas y los hechos de un grupo escogido y selecto de médicos santandereanos que ejercieron y dignificaron la profesión en los primeros cincuenta años del Siglo XX, con la salvedad de que la lista se iniciaba rindiendo un homenaje histórico al primer médico santandereano graduado en la Universidad Nacional de Colombia, que lo fuera el doctor **Eulojio Uscátegui**, natural de Piedecuesta y cuyo diploma de Doctor en Medicina y Ciencias Naturales era el cuarto expedido por la Universidad; este lleva las firmas de Antonio Vargas Vega, Rector de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia, la de Antonio Vargas Reyes, Rector de la Escuela de Medicina de la misma Universidad y, la de don Juan Francisco Marulanda en calidad de Secretario, todos firmantes a los once días del mes de marzo de 1871.

Debe aclararse en homenaje a la exactitud histórica, que los doctores Vargas Vega y Vargas Reyes fueron también santandereanos, pero sus estudios médicos fueron anteriores en varias décadas a la creación de la Universidad Nacional. Vargas Vega principalmente los completó y perfeccionó en París, donde fue alumno del celeberrimo cirujano Velpeau, ya conocido de los colombianos por haber sido quien le implantó al gran General Don Tomás Cipriano de Mosquera una prótesis de plata para curarlo de los desastrosos efectos de una herida del maxilar inferior ¹.

Hecha esta aclaración, y situando a don Eulojio Uscátegui como el hito inaugural de la Medicina diplomada y científica en Santander en el siglo pasado, los otros médicos incluidos dentro de las perspectivas más soñadoras que reales de mi ensayo fueron los siguientes:

El doctor **Martín Carvajal Bautista**, que aunque oriundo de Chitagá en el Norte de Santander es por antonomasia una figura médica digna de encabezar la lista de los profesionales santandereanos en el Siglo XX. Sobre él escribí un discurso académico con ocasión de un Congreso de Historia de Colombia y solamente puedo agregar a esas páginas escritas hace quince años, que el doctor Carvajal sería de acuerdo con Laín Entralgo y acompañado en esa clasificación por el doctor **Francisco Pradilla**, los dos representante de la medicina pastoral de San Gregorio de Nisa, sobre la cual se ha ocupado con tanto afecto mi maestro don Pedro Laín ².

En efecto, Carvajal y Pradilla prodigaban a manos llenas el consuelo, la fe en Dios, creían en la virtud curativa de la naturaleza y sosegaban los tremendos efectos del dolor humano con una infinita bondad que se purificaba cada año y con cada duelo hasta hacer de ellos dos de los representantes en la sociedad santandereana de los médicos-sacerdotes. No hay que investigar mucho en cuál era el pensamiento médico de estas dos figuras de la Medicina regional. Eran hipocráticos y galénicos y acogieron como todos los médicos del hemisferio occidental la teoría Pasteriana de la enfermedad como el resultado del conflicto entre el microbio atacante y el tejido que se defiende.

El tercero en la lista de los galenos santandereanos escogidos para este ensayo es el doctor **Daniel Peralta**. Oriundo de Pamplona, se vincula desde su adolescencia y se arraiga tan profundamente a la ciudad de Bucaramanga, que ella sin reticencia alguna lo ha considerado siempre como uno de sus hijos predilectos.

Peralta se doctoró en la Universidad Nacional de Colombia en 1914 con una monografía doctoral sobre Anafilaxia, en la cual se presentan por primera vez los originales hallazgos de Von Pirquet, el sabio alemán creador del concepto de la alergia.

Peralta es también como todos los médicos colombianos, hipocrático, pero en él y en su pensamiento médico se encuentran menos las huellas de Galeno para dar paso a la moderna Medicina científica del Siglo XIX.

Daniel Peralta fue un agudo y excelente clínico discípulo de los grandes Maestros colombianos anteriores a 1930, hijos todos ellos de la inexhausta escuela médica francesa. A todos ellos los distinguía una característica común que los une y enlaza frente al investigador histórico: eran prudentes y escépticos, pero nunca llegaron en su escepticismo a la nefasta posición de Skoda, el brillante creador del nihilismo terapéutico ³.

Es curioso por ejemplo que el gran Maestro colombiano Lombana Barreneche resistiera durante más de veinte años a aceptar en su cátedra y en su magisterio la teoría de la transmisión por mosquitos del paludismo humano, enfermedad a la cual él le atribuía un origen hídrico. Esta curiosa posición científica de Lombana está muy bien desarrollada y tratada en la tesis de grado de Doctor de Julio Vanegas, sobre la Caquejia Palúdica, que he consultado minuciosamente.

Peralta asumió frente a la maravillosa creación de los Rayos X de Roentgen una actitud dubitativa y escéptica, y usaba muy poco de ellos.

En este prólogo explicativo de lo que no aparecerá en el texto de este volumen, la siguiente figura médica



Grupo de Médicos de Bucaramanga con Médicos de la misión Rockefeller durante la epidemia de fiebre amarilla de 1923. De izquierda a derecha (atrás): Francisco Pradilla, Wenseslao Paredes (Ecuador), Alejandro Peña Solano, Frederick Miller, Roberto Serpa, Oliver Pothier; adelante (izquierda a derecha), Martín Carvajal, Luis Ardila Gómez, Julio Valdivieso, Joseph White, David Mc Cormick.

santandereana es la de **Luis Ardila Gómez**, que alcanza a mi juicio el justo título de la eminencia intelectual en la comarca santandereana entre 1920 y 1950.

Luis Ardila Gómez, natural de Zapatoca, tierra sobre la cual escribí algunos párrafos en otra publicación anterior, hizo sus estudios profesionales fuera de Colombia en la Escuela de Medicina de la Universidad de Barcelona, donde obtuvo su título de Licenciado en 1916⁴. Perfecciona los estudios catalanes en la Universidad de París, por lo que ofrece dos facetas muy interesantes para el analista histórico de nuestra Medicina: la influencia de la Medicina catalana en su mejor época, y la profunda huella que deja en todo espíritu el contacto prolongado con la cultura médica francesa.

Esta era la Medicina catalana cuando Luis Ardila se matriculó en la Universidad de Barcelona por los años de 1912. Era y ha seguido siendo una Escuela de Medicina fresca, abierta al mundo, vinculada a las cuatro grandes fuentes de la Medicina Universal, los Estados Unidos, Inglaterra, que forman la unidad sajona de la Medicina y Francia, Alemania e Italia.

La formación de Ardila Gómez fue indudablemente la más completa, profunda y rica que tuvo médico alguno santandereano en estas primeras cinco décadas del Siglo XX. Ducho clínico de las enfermedades tropicales, aceptó y puso en práctica en su numerosa clientela de Santander, la terapéutica anti-palúdica por la Quinina y por los Arsenicales llevados directamente al torrente circulatorio por la inyección intravenosa, tema que ha sido para mí siempre uno de los más apasionantes de la Historia de la Medicina. Ardila por las mismas épocas en que Don Gregorio Marañón trabajaba al lado de Paul Ehrlich en los Hospitales de Frankfort, aplicando para las

enfermedades venéreas agudas el Salvarsan y el Neosalvarsan, nuestro compatriota en París se entregaba de lleno a uno de los capítulos o aspectos más interesantes de la Medicina y de la terapéutica humoralistas: la vacunoterapia intravenosa con gérmenes atenuados.

De todas maneras Ardila Gómez en París captaba en sus primeros días las dos corrientes terapéuticas: *la Terapia Sterilisans Magna*, adagio latino con el cual Ehrlich resumía la filosofía de su sistema terapéutico. Al organismo invadido o infectado de gérmenes microbianos hay que esterilizarlo, utilizando las que él mismo llamó balas mágicas. Y a fuer que lo eran, porque durante cuarenta años y aún todavía, no hay terapéutica de mayor eficacia para las enfermedades infecciosas agudas o crónicas que aquella que lleva el remedio directamente al tejido líquido sanguíneo, lo cual permite asegurar que el organismo todo queda saturado de la sustancia química esterilizante.

La personalidad de **Roberto Serpa Novoa** es otra notable contribución de la breña santandereana a la medicina colombiana por el cauce regional. A él podría otorgársele el honroso título de iniciador de la Salubridad y de la Higiene Pública en Santander, título legítimo que emana de su prematura vinculación desde 1916 a los trabajos de la primera Misión Rockefeller y, posteriormente, a su heroica etapa como médico auxiliar de la construcción del Ferrocarril de Puerto Wilches a Bucaramanga, donde Roberto Serpa tuvo que enfrentarse a la inhumana violencia de las enfermedades tropicales que todas a una segaban crueles e inclementes las vidas y las esperanzas de los santandereanos. Por ello sin haber sido Roberto

⁴Nota del Asistente editorial MEDUNAB: Actualmente se conoce que esta enfermedad es la leptospirosis

Serpa Novoa militar, yo lo bautizaría como el Gorgas de la medicina colombiana por haberse enfrentado como lo hizo este médico militar norteamericano a la insalubridad de Panamá, haciendo posible con sus campañas sanitarias la construcción del Canal. Serpa Novoa hizo posible la construcción del Ferrocarril de Puerto Wilches, luchando con heroísmo e infinita abnegación al lado de Julio Vanegas y de otros médicos de la Escuela de Santa Inés contra el asalto de la fiebre amarilla, del paludismo, de la amibiasis, que en esos años era mortal, y de la espiroquetosis íctero-hemorrágica, enfermedad que con toda seguridad tuvieron ellos entre sus manos, pero que hasta el presente no ha sido debidamente comprobada.*

Roberto Serpa Novoa combatió también las enfermedades tropicales en los Valles de Cúcuta y por último se radicó en Bogotá, donde adelantaba simultáneamente sus labores higiénicas y su carrera de Profesor en la Cátedra de Ginecología, al lado del venerado Maestro Rafael Ucrós.

Aspectos similares y paralelos tienen las vidas de Luis Ardila Gómez y de Roberto Serpa. Ambos desbordaron desde sus primeros años el monótono cauce de la medicina simple para ingresar a la sociedad de la cual eran miembros como agentes activos de su transformación, de su progreso y de su enriquecimiento cultural. No quedaría completa esta pincelada histórica si no recordáramos que Luis Ardila Gómez fue un exquisito escritor, dominador admirable del arte epistolar, conversador ameno y generoso, y que posiblemente de haber dirigido sus esfuerzos hacia la Cátedra de alguna Universidad la hubiera convertido en polo de atracción de las juventudes. Las cartas cruzadas entre Luis Ardila Gómez y Jaime Barrera Parra y muchas otras que este notable médico escribió desde Bucaramanga son piezas antológicas del arte epistolar que deberían ser publicadas para honra y gloria de las letras santandereanas.

Roberto Serpa fue también un fluido y ameno escritor que cosechó páginas admirables en lo folclórico y terrígeno de su tierra santandereana y dominó también la conversación y la epístola, saliendo no pocas veces a la palestra periodística para aclarar o controvertir temas de la Salud Pública.

Para esta tarea de dibujar los perfiles exteriores de la Historia de la Medicina en Santander he recibido generosamente la aprobación y el estímulo de los herederos de los médicos incluidos en este ensayo. El Doctor Rafael Uscátegui, actual Decano de la Medicina Santandereana me facilitó el Diploma original de su padre Don Eulio Uscátegui, cuya copia fotostática conservo en mis archivos.

El Doctor Luis Ardila Casamitjana ha dado su aprobación y su complacencia a las referencias que aquí se hacen de su padre. El Doctor Roberto Cadena Durán ha puesto en

mis manos y a mis órdenes el más bello e íntimo documento histórico, que así puede calificarse el Diario llevado por la mano de Doña Elvira Durán de Cadena, que se inicia en 1891 con el nacimiento de **Roberto Cadena Menéndez** y se prolonga más allá de la muerte de este eminente profesional del cual me ocupo inmediatamente.

Sin hipérbole puede afirmarse que quizás no exista en Colombia otra biografía de un médico ilustre, hijo a su vez de uno de los profesionales del siglo pasado que ejerció en Bucaramanga, el Doctor Eusebio Cadena Rey, más limpia más honda, más afectuosa y más pura en su intención y en su contenido.

Allí está toda la vida de Roberto Cadena Menéndez, introductor e impulsor en Santander de la Ginecología y de la Cirugía Abdominal porque él se formó profesionalmente a la sombra acogedora y bienhechora de dos de los más grandes Maestros de la Medicina colombiana: el cirujano por antonomasia, Pompilio Martínez, y el creador de la Ginecología, Rafael Ucrós.

Formado así y enriquecido por viajes de estudio a la Europa de la post-guerra, Roberto Cadena hace cuando la Anestesia es viable en el Hospital de Bucaramanga, las primeras intervenciones de Ginecología y de Cirugía Abdominal, entre ellas, la primera colecistectomía y la primera operación cesárea sobre el segmento y no sobre el cuerpo del útero.

Como se echa de ver, la Medicina en Santander adoptó desde el siglo pasado un definido carácter tribal y familiar. Quizás por ello una medicina así transmitida por el imperativo de la sangre y mantenida por el calor familiar, no necesita de historia escrita porque ella se conserva fresca y candorosa en la memoria y en el respeto de los herederos. Y por sobre todo debe declararse que quizás en el fondo la sociedad santandereana rechace el atrevido intento de que esa historia la haga un extraño personaje, que vendría a disecar y a destruir lo que por décadas se ha conservado limpio del examen, alejado de la crítica y protegido contra el elogio excesivo.

Por todo ello y por la falta de documentos que o nunca existieron o no se han conservado, no escribiré ya la Historia de la Medicina Regional Santandereana, tarea que sin embargo debe hacerse, y cuya necesidad y urgencia no es necesario encomiar ni enaltecer, porque ella hace parte del cuerpo orgánico de la Medicina Colombiana.

Siempre me ha parecido y ahora lo repito de nuevo con mayor énfasis que la Medicina de un país no es exclusivamente la Medicina de su capital política ni la de su más antigua Facultad. La Historia de la Medicina colombiana hay que hacerla en la misma forma en que se restablece y se repara el hueso fracturado o lesionado:

de la periferia hacia el centro, aprovechando las virtudes regenerativas del periostio.

Quedan por fuera de este ensayo prologal, nombres ilustres como el de **Francisco Sorzano** que alcanzó distinción, respeto y prestigio en el doble ejercicio de la medicina y de la política, y que sirvió al país en la Diplomacia. Él fue el fundador de la primera publicación médica santandereana, la Revista HOSPITAL, que yo recogí del polvo del olvido y mantuve viva y palpitante durante cinco años.

Deben cerrarse estas páginas escritas sin rencores, ni parcialidades de ninguna naturaleza, con un nombre grato a mi corazón, por representar él, el prototipo admirable del médico tropicalista en permanente trabajo de campo en la ruralía colombiana: es el nombre de **Antonio Gómez Amorocho**, verdadera autoridad práctica en las Enfermedades Tropicales rurales y clínico sagaz, que demostró quizás el primero en Colombia, la intoxicación por el plomo de los habituales bebedores de productos fermentados que se preparan y mantienen en vasijas fabricadas por un procedimiento especial, que utiliza tierras ricas en arseniato de plomo el cual bajo la acción prolongada de los alcoholes, se hace soluble y conduce a la rápida y a la crónica intoxicación saturnina. Este trabajo de Gómez Amorocho es un prodigio de la observación clínica, de la intuición y de la aplicación de leyes de la Física y de la Química, que ha debido tener y no tuvo repercusión nacional.

En la década entre 1957 y 1967, la muerte siega a tres jóvenes valores de la familia médica santandereana, acerca de los cuales dejé páginas escritas con hondo sentimiento de fraternidad profesional. Fueron ellos en su orden: **Manuel Camargo Martínez**, **José Antonio Jácome Valderrama** y **Lope Carvajal Peralta**, que con el correr de los años, en Bucaramanga y en Bogotá descollaron y honraron a la Medicina Nacional, adquiriendo auténtico y legítimo título de Catedráticos y de Maestros, y de quienes infortunadamente quedó muy poca obra escrita, vacío que ha sido sustituido y llenado abundantemente por el cariño y la devoción con que la sociedad y la Medicina colombianas mantienen vivo y fresco el recuerdo de sus vidas breves.

Estas y muchas otras más inéditas y sepultadas para toda una vida en el fondo de mi corazón, son las emociones elaboradas y cerebralizadas, que a lo largo de veinte años he ido decantando a través de una combatida y combatiente supervivencia en el medio hostil

santandereano. Queden ellas como ejemplo de que la Historia puede escribirse exenta de rencores y limpia de proclives intenciones.

Para sentirla y escribirla no necesito parentesco alguno ni vanagloria pertenecer al núcleo mismo de la sociedad en la cual he vivido veinte años. La vocación de historiador y de escritor médico están por encima y muy alto de esos pesados lastres de la vida y me ha permitido rendir aquí el homenaje sincero y respetuoso a la memoria de los ancianos de la familia médica de Santander, que forman un hermoso conjunto profesional y humano.

Y lo hago ahora en la antesala misma de la crisis definitiva que fulminará a la Medicina colombiana con la muerte por la disgregación moral y gremial que representa para ella, la introducción de la Medicina socializada de los Seguros.

Bajo la seguridad social la Medicina se despersonaliza, pierde absolutamente todas sus características; se hace carcelariamente uniforme y no llega porque la Filosofía y la estructura misma del Seguro se lo impiden, a la hondura del alma del médico y del enfermo.

La Medicina socializada es el fatídico sub-producto de la secularización y del materialismo elevados a cánón constitucional de gobierno. Arrolla y destruye todos los valores históricos y su clima espiritual es tan enervante y asfixiante que no puede presentarle al mundo ningún descubrimiento, ningún gran valor humano, ni una sola actitud heroica.

La Medicina anterior al Seguro era como ha sido descrita en estas páginas. La Medicina socializada de los Seguros, de las Cajas y de las Campañas, es tan anti-históricamente pequeña que no merece, ni necesita la dignificación de la crítica histórica.

REFERENCIAS

1. Ardila Gómez, Luis. La importancia del Salvarsán en la terapéutica de las enfermedades internas. Revista "ESTUDIO". Órgano del Centro de Historia de Santander. Año II, Bucaramanga, junio de 1932; p-2271239.
2. Peralta, Daniel; Carvajal, Martín; Pradilla González, Francisco; Gómez, Andrés; Valdivieso, Julio; Serpa, Roberto y Ardila Gómez, Luis. La Epidemia Actual. Bucaramanga, Imprenta Mogollón, 1923.
3. Lain Entralgo, Pedro. La Relación Médico-Enfermo. Historia y Teoría. Edit. Revista de Occidente, Madrid.
4. McCormick, David. Observaciones sobre la Fiebre de Bucaramanga. Anuario ilustrado de "Vanguardia Liberal", Número II, 1924; p. 257 y 262.